

LA CONDENA DE LA USURA Y EL COMERCIO MARÍTIMO EN LOS *EMBLEMAS MORALES* DE S. DE COVARRUBIAS Y EN EL SERMONARIO CRISTIANO DE SU ÉPOCA

Juan de Dios **HERNÁNDEZ MIÑANO**

La mayor parte de los detractores de la literatura de emblemas consideran esta parcela de la creación humana un engaño porque se parte de una idea equivocada, al dar nacimiento a una analogía fantástica: el emblema, bajo el pretexto, muchas veces, de inculcar el amor o el temor a Dios. Esta afirmación, siendo verdad, no lo es totalmente, ya que se olvida muchos matices y puntos de vista que están en la entraña misma del emblema y que son necesario considerar a la hora de su análisis si no se quiere caer en posiciones simplistas.

La emblemática constituye esencialmente un lenguaje de símbolos que están ligados a formas de vida, es decir, a modelos de comportamiento comunes. El conocimiento de estos códigos visuales significativos posibilita, en gran medida, una lectura de la plástica moderna, abriendo así un nuevo horizonte a la visión tradicional, sujeta, como todos sabemos, a estudios de orden formal y documentalista, y que normalmente no cuentan con intencionalidad doctrinal e ideológica, tan básicas en la obra de arte.

La emblemática se nos presenta hoy, pues, como un vivero espléndido lleno de matices, ideas y sugerencias, imprescindible hoy en cualquier estudio serio sobre los siglos XVI y XVII.

Dentro de este panorama tendente a situar en el lugar que le corresponde a esta semántica imaginativa, los *Emblemas Morales* de Sebastián de Covarrubias viene a ser la obra más importante de este campo de cuantas se han escrito en España. Sobre este particular ya dio cuenta en su día el profesor Santiago Sebastián al constatar su influencia en la Europa del siglo XVII.

Los *Emblemas Morales* de Sebastián de Covarrubias constituyen una colección de trescientos emblemas, divididos en tres centurias. Cada emblema consta de un sencillo dibujo grabado en madera con un mote o lema incluido en él, debajo sigue el epigrama de ocho versos. Todo el conjunto está enmarcado con dibujos de inestables trazos manieristas.

Covarrubias da muestras de una capacidad creadora sorprendente al combinar temas históricos, mitológicos, políticos, religiosos, filosóficos, científicos, etc., con la misma agilidad y elegancia. En él se aprecia aquel dicho de Alciato en carta a su amigo Francisco Calvus: un emblema puede provenir de algo que ex historia vel «ex

rebus naturalibus aliquid elegans significet»¹. En definitiva, todo un universo que engloba la totalidad de las manifestaciones humanas que son juzgadas a la luz del mensaje moral de la Iglesia.

Sus emblemas nacen por la necesidad de alimentar los sentidos, especialmente la vista, conmoviendo la imaginación, para enseñar deliciosamente las virtudes que conducen al camino de la salvación.

Planteados la mayoría de las veces de forma sencilla, no lo son tanto en determinadas ocasiones. Hay que tener en cuenta el reiterado elogio a la dificultad que existe en los siglos XVI y XVII; aunque lo más curioso de ello es que se plantean pedagógicamente: la enseñanza que logra eficaces resultados es aquella que sigue un camino dificultoso. Por lo tanto, no puede extrañarnos que nuestro autor se esfuerce en oscurecer sus mensajes.

Por otra parte no hay que olvidar que Covarrubias se consideró siempre un pedagogo. No en balde, estando en la Corte, parece ser que Felipe II pensó en él para maestro del príncipe don Fernando. Además, muchos de sus emblemas están dedicados a la educación de los jóvenes.

De cualquier modo, los *Emblemas Morales* de Sebastián de Covarrubias tienen como finalidad primordial adentrar al hombre en los misterios de la fe, a modo de juego didáctico, calculado para enseñar de forma intuitiva una verdad moral.

Desde el punto de vista práctico la obra de Covarrubias parece un manual litúrgico, donde cada uno de los emblemas fuese un sermón provisto de su correspondiente grabado, destinado, como dice Aquilino Sánchez Pérez, a servir de homilía dominical². Esta consideración no sólo es acertada, sino que, además, podemos afirmar que durante el siglo XVI, y especialmente en sus décadas finales, los sermones eclesiásticos proponían, a veces, una visualización a menudo dramática sobre alguna verdad de la Iglesia, con lo que éstos adquirirían caracteres próximos al emblema. Por tanto, los emblemas de Covarrubias y los sermones de los moralistas de la época casi se identifican formalmente, y sus retóricas son usadas de igual modo: con fines de persuasión por la intuición buscando la mejor forma, dentro de la preocupación contrarreformista, de lograr convencer y enseñar la doctrina de la Iglesia.

El método ignaciano fue quien más contribuyó al uso de imágenes, unas veces «mental» y otras visual, por medio de estampas, como recurso didáctico en meditaciones y homilías. Según señalan todos los comentaristas, el éxito del fundador de los jesuitas está en haber vislumbrado un método eficaz para la sensibilización de la imagen.

Por su parte, la Iglesia católica, en sesión XXV del Concilio de Trento (1563), habló así: «*Enseñen diligentemente los obispos que por medio de las historias de los misterios de nuestra redención, expresadas en pinturas y en otras imágenes, se instruya y confirma al pueblo en los artículos de la fe*»³. El padre Rodríguez Ceballos, al referirse al valor de la imagen gráfica unida a la palabra, señala que la

¹ Cit. en Schöne, *Emblematik...*, p. 28.

² SÁNCHEZ PÉREZ, A., *La literatura emblemática española*, Madrid, 1977, p. 123.

³ RODRÍGUEZ CEBALLOS, A., Prólogo a la edición facsímil de J. Nadal, *Adnotationes et meditationes in Evangelia...*, Barcelona, 1975.

unión indisoluble de estampa grabada y texto escrito fueron en su tiempo de una innegable originalidad. El método óptico-intuitivo contribuyó al adoctrinamiento más eficazmente de las masas ⁴.

Efectivamente, la conexión esencial de los emblemas de Covarrubias y los sermones y homilías del momento son evidentes, lo que nos hace pensar que algunos de los sermones pronunciados por nuestro autor, probablemente, acabarían siendo finalmente emblemas y viceversa. Nada especial, por otra parte, y bastante común en todos aquellos que unieron a su condición de religioso, su afición a construir emblemas.

En otro orden de cosas, si desde el punto de vista de la iconografía el primer paso metodológico es un análisis de una certera evolución de la imagen, que consiste en la clasificación, estudio y aplicación del significado correcto de las mismas, su preocupación última es el significado de la obra de arte: filosófico, histórico, social, etc. Este camino es el que nos ha guiado al tratar de aplicarlo a dos emblemas de Sebastián de Covarrubias (I. 51 y III. 89), que hemos elegido por su común condena moral a las malas artes comerciales con fines lucrativos. De cómo ambos emblemas, como unidades significativas de la imagen y el epigrama, pretenden alertar al hombre sobre la vanalidad de las riquezas y el desprecio de los que se afanan por conseguirlas.

Vamos a centrar nuestra atención en el primero de los emblemas: *Non missura cutem nisi plena* ⁵ (fig. 1), que nos muestra a un hombre desnudo que tiene los pies metidos en un riachuelo, donde están siendo mordidos por sanguijuelas, lo que le provoca un gesto de dolor. Se trata de un alegato contra la avaricia y codicia del usurero.

Pero Covarrubias no toma la sanguijuela por casualidad para expresar la avaricia, más bien hace uso de una imagen codificada de gran valor para las mentalidades de su época, ya que dada la naturaleza y características de la sanguijuela resulta del todo despreciable. Esta carga semántica es el resultado de un largo proceso ininterrumpido. Así, San Isidoro señala que este animal es un gusano acuático que recibe su nombre «sanguisusa» por chupar la sangre (sangris sugere). Acecha a los que van a beber o meterse al río, pegándose como una ventosa en cualquier parte del cuerpo, y les chupa la sangre; cuando se ha atiborrado de sangre vomita la que ha chupado para comenzar de nuevo a succionar ⁶. Plinio, por su parte, tacha a estos animales de inmundos y sucios al vivir en mugrosas aguas: «*siendo admirable la sed que tienen de sangre las sanguijuelas*» ⁷.

La mayor parte de los bestiarios medievales recogieron y destacaron esta característica del animal. En el *Libro de las utilidades de los animales* de El Escorial se cuenta que la sanguijuela se cuelga de una parte del cuerpo humano y le extrae la sangre, de la que no se harta de chupar por gustarle mucho la sangre humana ⁸.

⁴ RODRÍGUEZ CEBALLOS, A., *ob. cit.*, p. 14.

⁵ HORACIO, *Arte Poética*, 476.

⁶ ISIDORO, San, *Etimologías*, XII, 3.

⁷ PLINIO, *Historia Natural*, XI, 34, traducción de Jerónimo de Huertas, en *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo...*, tomo II, Madrid, 1724, p. 874.

⁸ *Libro de las utilidades de los animales*, 114v-146r, en la edición de Carmen Bravo-Villasante, Madrid, 1980, p. 132.

NON MISSVRA CVTEM NISI PLENA.

PVDEAT TANTO BONA VELLE CADVCA.



Pensò quera Dragon la sanguisuela,
Y fue chupando sangre, y estendiendo,
Su debil, y delgada pellejuela,
De hora, en hora, mas, y mas, creciendo:
Este es el codicioso, à quien desuela,
La hambre de adquirir, jamas teniendo
Sin su auaricia, sin razon ni cuenta,
Hasta que no pudiendo mas, rebienta.

FIG. 1. S. de Covarrubias. Emblemas Morales I, emblema 51.



Buscáis las perlas en el mar profundo
El oro y plata, abriendo las entrañas
De vuestra madre, rodeando el mundo,
Por mil naciones barbaras, y estrañas
Nueuos Iasones, que el vellon segundo
De riqueza inquiris contantas mañas,
Mirad que es bien caduco, y vil escoria,
El tesoro buscad de eterna gloria.

FIG. 2. S. de Covarrubias. Emblemas Morales III, emblema 89.

Fue la literatura clásica quien primeramente vio el carácter parasitario y succionador de estos animales como imagen de aquellos que de alguna manera se aprovechan de otros. Horacio, en este sentido, la toma como sinónimo de mal poeta, que sabe sacar partido de quien es mejor que él⁹.

A finales del siglo XVI, Cesare Ripa personifica a la «avidez» como una mujer que lleva un frasco de vidrio transparente, en cuyo interior se ven muchas sanguisuelas:

*«Pues éstas, cuando se ponen a chupar la sangre de algunos, nunca se desprenden por sí mismas hasta que revientan. Así los ávidos nunca cesan en su vicio hasta que su propia avidez los ahoga»*¹⁰.

También Ripa toma a la sanguisuela como atributo de la vanagloria por ser ésta una gran devoradora que va chupando de continuo el ánimo y la mente, no cansándose de hacerlo sino con la muerte¹¹. Del mismo modo, San Juan Climaco, según el padre Granada, identifica la vanagloria con la sanguisuela¹².

El desprecio de la sociedad de todos los tiempos hacia estas personas, sanguisuelas, ávidas de riqueza, ha sido unánime. Sin embargo, a la luz del Concilio de Trento se produce una revisión de la moral evangélica en materia de comercio, en un intento

⁹ HORACIO, *Arte Poética*, 476.

¹⁰ RIPA, C., *Iconología*, I, Madrid, 1987, p. 127.

¹¹ RIPA, C., *ob. cit.*, II, p. 382.

¹² GRANADA, Padre, *Predicaciones* II.

de atajar determinadas prácticas mercantiles sobre el interés y los préstamos abusivos, que el nuevo espíritu de la Edad Moderna estaba imponiendo como consecuencia del afán del hombre por conseguir riquezas. Este despertar del hombre por el lucro y el poder encontró en Calvino un respaldo y un gran aliento espiritual: la doctrina calvinista, que declaraba que Dios favorecía a los predestinados a su gloria, vino a entenderse de tal modo que el hombre que lograba enriquecerse se veía como un elegido por la divinidad. Frente a este desorden moral, los hombres de la Iglesia, con tendencia a estudiar el derecho, buscan argumentos contra la usura y el comercio en general y lo encuentran en autores grecorromanos. Así, don Diego Covarrubias y Leiva, personaje importante en el Concilio de Trento, y fuente muchas veces de su sobrino Sebastián de Covarrubias, en disertación sobre la usura, hace referencias a *Las nubes* de Aristófanes¹³. Normalmente, los moralistas y predicadores acuden a toda una serie de tópicos de la sabiduría clásica, como la consideración de las riquezas no sólo como un bien efímero, sino también despreciable por otros muchos motivos para el hombre moral. Los cínicos y los estoicos fueron los que más insistieron en esto: el ansia de riquezas es comparable a la sed del enfermo nunca satisfecha.

Por otra parte, el Concilio tridentino supuso una revisión y una puesta al día de las fuentes bíblicas y el pensamiento de los padres de la Iglesia, que tan duramente habían sido tratados por las corrientes protestantes al pretender interpretarlas libremente o rechazarlas. En ellas, los moralistas encuentran suficientes alegatos de repulsa a la avaricia y a todo tipo de usura. De este modo, el mensaje bíblico cobra ahora nueva vigencia en su identificación de la sanguijuela con el hombre codicioso: «*La sanguijuela tiene dos hijas, las cuales están diciendo: Dame, dame. Tres cosas hay insaciables y cuatro que jamás dicen: Basta*»¹⁴. Y lo mismo podemos decir de San Agustín, quien a propósito del proverbio anterior, lo toma como ejemplo de alegoría oscura que anuncia al hombre codicioso y sus malas artes en la sanguijuela¹⁵.

No debemos olvidar que, al mismo tiempo que se buscan fundamentos y alegatos morales y teológicos, dentro del pensamiento de la Iglesia, contra el afán de acumular dinero por medio de prácticas comerciales abusivas, se prescinde prudentemente de determinadas corrientes morales de los siglos XIV y XV, donde se habría intentado acomodar el ser buen cristiano, con el ejercicio de los negocios y reguladas formas de préstamos con interés. Santo Tomás de Aquino y San Antonio son los más conocidos defensores de esta ética. Frente a estas ideas, el pensamiento contrarreformista que sostiene que el único interés y negocio aceptable para el cristiano es el supremo, que es la salvación para la otra vida.

Con fundamentos provenientes del mundo clásico y de la doctrina más ortodoxa de la Iglesia como hemos visto, los hombres de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XVI se lanzan a predicar el mensaje tridentino, condenando, en general, todo afán de lucro y, en particular, al usurero y al mercader. En este sentido, fray Bartolomé

¹³ COVARRUBIAS Y LEIVA, D. (don), *Variarum resolutionum*, lib. III, cap. I, p. 273 a-b, de Opera Omnia, II, Génova, 1762.

¹⁴ *Proverbios*, 30, 15.

¹⁵ AGUSTÍN, San, *De Trinitate*, XV, 8, en Migne, P. L., XLII, 1069.

Carranza, en su *Cathecismo Cristiano* de 1558, al tratar del séptimo mandamiento, arremete contra los logrereros, a los que llama:

«sanguijuelas del pueblo».

Señala, además, que el pecado de la usura es propio de los judíos y no de los cristianos ¹⁶. Cosas parecidas dice fray Alonso de Cabrera, predicador de Felipe II, en sus sermones al referirse al abominable usurero:

«Ellos chupan la sangre de los pobres y engordan suciamente» ¹⁷.

En 1595, el jesuita Luis de Palma, cuando en sus escritos narra la vida de su padre, dice, para destacar su escrupulosa vida mercantil, que no era como esos hombres interesados y usureros que

«en chupándole a uno la sustancia, le arrojan y escupen» ¹⁸.

En este ambiente de cruzada contrarreformista hay que situar los dos emblemas de Covarrubias, no sólo porque nuestro autor es también religioso y coetáneo con todos los anteriores, sino también un hombre comprometido con el mensaje de Trento. Por algo su famoso tío don Diego de Covarrubias y Leiva, por el que sentía una verdadera devoción, es uno de los juristas y teólogos más importantes y con más peso en Trento, como ya hemos referido anteriormente.

En el siglo XVII se siguió utilizando el tópico de la sanguijuela como sinónimo del codicioso usurero, aunque, como bien dice Maravall, de forma más mecanicista y estereotipada. La literatura moral es quien de forma más reiterada hace uso de él ¹⁹. Así, Gracián lleva a cabo una crítica mordaz y descarnada contra la pléyada de avaros prestamistas y banqueros que se aprovechan del oro y la plata que los galeones españoles traen de América. Así, llama sanguijuelas a los genoveses ²⁰. Del mismo modo, Francisco de Quevedo, con amargo sentir, extiende el apelativo de sanguijuela a todos los extranjeros usureros que se enriquecen de la decadencia de España ²¹.

En el campo emblemático, uno de los primeros ejemplos sobre el tópico moral nos los proporciona el francés Pierre Costalius, ofreciéndonos la visión de un hombre semidesnudo, caminando por un lago de poco fondo, al que se le han prendido en sus pies varias sanguijuelas: *Vulgatum de hirudine in pragmaticos aeruscatores* (fig. 3), queriendo con ello significar que muchos abogados se muestran tan codiciosos con sus clientes que no los abandonan hasta que no han absorbido toda su fortuna, a modo de sucia sanguijuela ²². Por su parte, el alemán Camerarius, con el mote

¹⁶ CARRANZA, B. (fray), *Cathecismo Cristiano*, ed. de J. I. Tellaeche Idígoras, II, Madrid, 1972, pp. 103-104.

¹⁷ ALONSO DE CABRERA (fray), *Sermones*, en NBE III, p. 158 a-b: consideraciones del lunes después del segundo domingo de Cuaresma.

¹⁸ PALMA, L. de, *Obras Completas*, I, BAE, CXLIV, p. 26b.

¹⁹ MARAVAL, J. A., *La corriente doctrinal del tacitismo político en España en estudios de Historia del pensamiento español* III, 3, Madrid, 1984, p. 81.

²⁰ GRACIÁN, B., *El Criticón*, II, 3.

²¹ QUEVEDO, F., *Los Sueños: Visita de los chistes*, Barcelona, 1981, p. 131.

²² COSTALIUS, P., *Pegma, cum marrationius philosophicis*, Lyon, 1561.

Haeret ubique (fig. 4) presenta a dos salmones que saltan sobre las aguas de un lago llevando prendidas varias sanguijuelas, advirtiéndonos cómo la codicia de algunos hace que, encontrando a quién succionar, permanezcan allí fijos hasta agotarlos. En otro de sus emblemas: *Vix imis satianda medullis* (fig. 5) muestra en el grabado una sanguijuela en el suelo y detrás de ella, una botella llena de agua con algunos ejemplares, de estos animales, para decirnos que muchos hombres, asombrosamente, son capaces de introducirse en la médula de la persona amada hasta saciarse²³.

VULGATUM DE HIRUDINE.
IN PRAGMATICOS AERUSCATORES.



FIG. 3. *Costalius, Pegma, Lyon, 1561, p. 146.*

HÆRET UBIQUE.



FIG. 4. *Camerarius, Symbolorum et emblematum IV, emblema LXIV.*

VIX IMIS SATIANDA MEDVLLIS.



FIG. 5. *Camerarius, Symbolorum et emblematum IV, emblema XXII.*

²³ CAMERARIUS, J., *Symboloyum et emblematum...* IV, emblemas XII y LXXIV, Frankfurt, 1661, pp. 44 y 148.

El segundo emblema que nos propone Sebastián de Covarrubias es el III 89 que trae el mote: *Pudeat tanto bona valle caduca* ²⁴ (fig. 2) y en el grabado el momento en que una nave del mundo antiguo se aproxima a tierra, donde un hombre parece saludar el acontecimiento desde las almenas de una fortaleza. Asimismo, aparecen en tierra dos bueyes y un extraño dragón de larga cola. El mensaje moral nos enseña que el verdadero tesoro que hay que buscar es el del cielo que es eterno, y no afanarnos en lograr tesoros perecederos y caducos en la tierra.

La elección que hace nuestro autor de un tema mitológico resulta muy acorde con el gusto barroco, cosa que en un primer momento podría hacernos olvidar el motivo que sirve de base a la composición sino fuera porque el recurso artificioso empleado proporciona un goce estético en razón directa al esfuerzo que el lector debe hacer para desentrañar el sentido del emblema, según el ideario de la época.

Se trata del mítico y peligroso viaje de los Argonautas. Jasón, principal héroe de la gesta, fue encargado por su tío Pelias de traer el vellocino de oro, que Eates, rey de Colcos, había consagrado a Ares y estaba guardado por un dragón. Jasón, por consejo de Atenea, construyó el navío «Argo» para tal empresa. El viaje hasta Colcos fue muy venturoso y plagado de peligros. Una vez desembarcados en la isla, Jasón se presentó ante el rey Eates solicitando el vellocino. El rey no se negó a entregárselo, pero puso una condición, que el héroe, sin ayuda de nadie, había de poner el yugo a dos bueyes de pezuñas de bronce, que despedían fuego por los ollares. Estos bueyes monstruosos, presente de Hefesto a Eates, jamás habían conocido el yugo. Una vez realizada la primera prueba, Jasón debería trabajar un campo y sembrar los dientes de un dragón. Gracias a Medea, la hija del rey, que le había proporcionado un bálsamo que le hacía invulnerable, pudo Jasón uncir los bueyes y arar la tierra y sembrar los dientes del dragón, de los que nacieron hombres, pero advertido el héroe por Medea de que aquellos le matarían, por lo que debería arrojar una piedra en medio de ellos, que dio como resultado la lucha entre ellos hasta que murieron todos. Jasón, guiado por Medea, se apoderó del vellocino de oro gracias a el adormecimiento del dragón por el encantamiento de la maga Medea ²⁵.

La gesta protagonizada por Jasón fue siempre, como en general toda la mitología, un lugar común y punto de referencia, ya incluso para los escritores clásicos, que solían acudir a ella como un hecho glorioso, otorgándole a su protagonista categoría casi divina ²⁶. Mientras que en la Edad Media Jasón aparece como un caballero valiente pero desleal y perjuro por sus malas artes y engaños ²⁷. Por ello no puede extrañarnos que Dante Alighieri, todavía en mucho medieval, lo condene al infierno ²⁸.

En el Renacimiento, el mito de Jasón y su peligrosa aventura adquirió pronto valores directamente relacionados con las ansias del hombre moderno por descubrir nuevos lugares, impulsado por el afán de aventuras y de lucro (fig. 6). Nace, pues,

²⁴ MANILIO, *Astronomía*, V, 403.

²⁵ HESÍODO, *Tesgontía*, 992s; APOLONIO DE RODAS, *El viaje de los Argonautas*, desde I.5 hasta el final; APOLODORO, *Biblioteca mitológica* I, 8, 2; I, 9, 16; HIGINIO 12 y 13; OVIDIO, *Heroidas*, IV, XII; ESTACIO, *Tebaida*, III, 516.

²⁶ ARISTÓTELES, *Sobre las cosas admirables de oír*, 105; VIRGILIO, *Geórgicas* II, 140.

²⁷ FROISSANT, *Poesías*, ed. Ade. Scheler (Academia Royale de Belgique), 1870-1872, 3 volúmenes, II, p. 341; CHARTIER, A., *La ballade de Fougères*, p. 718.

²⁸ ALIGHIERI, D., *La Divina Comedia: Infierno*, XVIII, 90.



FIG. 6. *Jasón y Medea: un tema de las Crónicas Troyanas de Guido de Colonna.*

un nuevo espíritu centrado en el deseo de adquirir fortuna por el comercio, navegando para ello hasta lugares lejanos y exóticos sin importar para nada el tiempo y el peligro que conllevan.

Desde mediados del siglo XVI, y a lo largo del siglo XVII, hay un movimiento expansivo del comercio marítimo, centrado fundamentalmente con la India y América, que logra un gran desarrollo. Los mercaderes y comerciantes que realizaran estas inseguras rutas no se caracterizaban normalmente por sus escrupulosos negocios y contratos. La imagen del mercader embustero y codiciosos estaba generalizada. Este sentimiento parece verse por primera vez reflejado en la *Hipnerotomachia Poliphili* (1499), cuando Francisco Colonna compara a Jasón y su arriesgado viaje para lograr el vellocino de oro a

«los rapaces y curiosos avaros de oro abundante y a los navegantes» ²⁹.

A esta forma de hacer dinero la doctrina calvinista añadirá fundamentos espirituales con sus concepciones económicas, tendentes a liberar las prácticas económicas. Frente a este nuevo afán de lucro, los moralistas y religiosos escandalizados arremeten siguiendo las directrices sobre moral evangélica emanadas del Concilio de Trento, contra todo deseo vano de lograr riquezas, al tiempo que condenan la temeraria exposición a morir ante los numerosos peligros de la aventura marina. Es ahora, cuando el mito de Jasón es utilizado en el sermonario cristiano para destacar su trivial e innecesario viaje. Así, en 1595, fray Antonio Álvarez escribe:

«Assí vemos en muchos grandes y príncipes, y aún en muchos gruessos mercaderes, ser dexada la ley de Dios y remitida al estado originario; y que a la letra viven por la que el mundo tiene puestas en sus peligrosos estados.

Assí también el mercader vive por la suya, y el noble en su fuero tan preciso y sin Dios, como si Jasón el de Colcos le viviesse dexado» ³⁰.

²⁹ COLONNA, F., *Hipnerotomachia Poliphili*, ed. de Pilar Pedraza, Murcia, 1981, p. 132.

³⁰ ANTONIO ÁLVAREZ (fray), *Addiciones a la sylva espiritual y tercera parte, feria sexta después del Domingo segundo de Cuaresma*, quinta consideración, III, Salamanca, 1595, p. 358.

Para contrarrestar en anhelo creciente del hombre por el riesgo y la aventura mercantil, siempre presididas por la intranquilidad y el desasosiego de lo incierto, los hombres de la Iglesia acuden de nuevo a los tópicos de raíz clásica sobre la inutilidad de arriesgar la vida en el mar por algo tan superfluo y vacío como son las riquezas, cuando la verdadera sabiduría está en la vida retirada y tranquila. O acuden, como ya sabemos, a las renovadas fuentes bíblicas, haciendo acopio de todo aquello que pueda servir para fustigar al desaprensivo mercader sin otro norte que el dinero. En este sentido se expresan muchos, como fray Alonso de Cabrera en sus *Sermones*³¹ o Villalobos en *Problemas*³².

A los peligrosos viajes comerciales protagonizados por los nuevos jasones (fig. 7), los predicadores proponen otro viaje donde no existe el riesgo alguno de perecer en el camino y cuya meta es el cielo. Esta es la idea que alumbra Covarrubias con su emblema, siguiendo el Nuevo Testamento: «No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorar más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín, ni polilla que los consuma»³³. San Pablo y San Agustín coinciden en afirmar que la mejor empresa del hombre es lograr el verdadero tesoro del cielo, el único que merece la pena. «Es como la nave del mercader, que de lejos trae el pan»³⁴.



FIG. 7. Los nuevos «jasónes» del mar, grabado de Summario manual de información de la Christiana consciencia (1556) del dominico fray Bernardo de Nieva.

De forma natural pasan los tópicos del sermón a la poesía moral barroca. El poeta Juan de Jáuregui (1583-1641), coetáneo de nuestro autor, escribe:

³¹ ALONSO DE CABRERA (fray), *ob. cit.*, p. 233 (Consideraciones del martes después del Domingo de Cuaresma): «Decidme el hombre que se deshace de su hacienda y lleva mercancías a Indias ¿a qué va sino para venir rico? Pues éste no lleva palabra de Dios que vendrá rico y unos se pierden, otros se avegan en el mar y otros mueren en tierra... que (a manera de decir) las pesadumbres del infierno no son peores».

³² VILLALOBOS, *Curiosidades bibliográficas*, BAE XXVI, p. 427b: «¡Cuántas madrugadas y trasnochadas en tiempos de randes rigores et fríos! ¡Cuántas sierras nevadas y resbaladeros pelibrosos! ¡Cuántos ríos subdosos y mares bravos y tempestades, que ni dejan la una India ni la otra... Allí mueren malas muertes, y las que escapan vienen tales, que o mueren en descanso, o están plegados de budas y cuando más otro traen, en mayor estima le tienen y mayor hombre tienen dél».

³³ MATEO, 6, 19, 20.

³⁴ 1. TIMOTEO, 6, 17, 18; AGUSTÍN, San, *De civitate dei*, I, 10, 5-6; *Proverbios* 31, 14.

«Por ti (las riquezas) de los infieles
 Ondas, y su camino,
 Sacar pudo escarmiento el más osado
 Cuando a la antigua Méles
 Prestaste el vellocino
 Del animal que al piélagos salado
 Ya la condujo, y la anegó en su abismo;
 Mas hubo quien tentó, sin escarmiento,
 Y por el precio mismo,
 Dar a los vientos de su vida el cargo
 ¡Oh cuántas vidas ha llevado el viento
 Tras un peligro tan horrible y triste
 Que a los humanos riesgos añadiste!
 De toda dicha y gusto
 Eres ajeno y falto
 Contra el avaro, que tu nombre adora;
 Pues pegas en disgusto,
 Recelo y sobresalto
 La eterna adoración con que te honora.
 ¡Oh, insensato el que te busca y te procura,
 Siempre sujeto a ser el ofendido
 De tu malicia impural!
 Si mil afanes cuentas procurado,
 Temores tantos causas conservado,
 Y no menos tristeza das perdido,
 sin que pueda gozar de algún contento
 Sino el que está de tu codicia exento»³⁵.

También la literatura emblemática europea hizo uso del tema: el alemán N. Reusner (fig. 8) y el italiano Camillo Camilli (fig. 9) llevan a cabo sendos emblemas con el fantástico viaje de Jasón a Colcos como tema, donde se evidencia el afán temerario de empeñar todos los esfuerzos por lograr el preciado vellocino, una vanalidad, aun a riesgo de la vida³⁶.

En cuanto a las representaciones iconográficas del tema, el profesor Santiago Sebastián, al describir el Gran Apartamento del Palacio de Versalles señala que uno de los salones de aquél muestra a Jasón y la nave de los argonautas a la búsqueda del Toisón de oro en la isla de Colcos. Su decoración estuvo dirigida por Charles Lebrun en 1671-1681³⁷. Sin embargo, una de las primeras representaciones del tema para el mundo moderno nos la realiza el pintor italiano Ercole Roberti (1448-1496). Se trata del cuadro titulado *Los Argonautas a la conquista del Vellocino de oro*, en donde se ve el momento en que la famosa nave se acerca a la isla, en la que aparece el palacio del rey Eate y el dragón, guardián del vellocino.

En general, como vemos todos ellos cercanos al grabado que nos ofrece nuestro autor. También Lorenzo Costa (1460-1535), siguiendo probablemente a su maestro

³⁵ JÁUREGUI, J. de, *Al oro*, canción recogida por José Onrubia de Mendoza en *Epístola moral a Fabio y otras poesías del Barroco Sevillano*, Barcelona, 1974, pp. 177-178.

³⁶ REUSNER, N., *Symbolorum heroicorum...* I, emblema XXVII, Francofurti, 1581; CAMILLI, C., *Imprese illustri...*, Venetia, 1586, p. 84.

³⁷ SEBASTIÁN, S., *Contrarreforma y Barroco*, Madrid, 1981, p. 362-363.

ΑΑΚΗ ΑΝΕΜΩΔΙΟΣ ΑΦΡΩΝ.



FIG. 8. *Reusner, Symbolorum heroicorum I, emblema XXVIII.*



FIG. 9. *Camillo Camilli, Imprese illustri, Venetia, 1586, p. 84.*

Roberti, realiza una obra con el mismo tema: *La nave de los Argonautas* (fig. 10). Ambas en el Museo Cívico de Padua.

Covarrubias participa con gran número de predicadores y moralistas en la gran batalla que se abre con la puesta en práctica de los mensajes emitidos por la Iglesia contrarreformista, que denuncia y condena la usura y el comercio marítimo por sus prácticas engañosas, y por considerar que ese amor desmedido hacia las riquezas es sólo una vanalidad.

La mentalidad mercantil que irrumpe con la Edad Moderna encuentra amparo en doctrinas como el calvinismo y su poca escrupulosidad en las formas de entender el enriquecimiento. Frente a esta moral moderna, que parece imponerse, Covarrubias y los moralistas católicos proponen la moral antigua (clásica), renovando una serie de tópicos centrados en considerar las riquezas como un bien despreciable, y el descanso (agricultura) frente a los peligros aventureros del comercio marítimo, la verdadera riqueza y sabiduría.



FIG. 10. *La nave de los Argonautas, Padua, Museo Cívico.*